

**MARTIN
COSH**

RENACER

© Martin Cosh, 2023

ISBN-13: 979-8-3793-8509-5

Diseño de cubierta: Martin Cosh

Asesoría literaria: Víctor J. Sanz

Maquetación:

Mariana Eguaras - Consultoría editorial

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A todas esas personas que hacéis
de mi vida un mundo mejor.*

*En especial a mis padres, a mi hermana y a esa
persona especial que siempre me acompaña.*

*Gracias una vez más a mi amigo, mentor y
corrector, Víctor J. Sanz. Gracias por todas sus
sugerencias, tus consejos y tus observaciones.
Es una maravilla contar contigo para cada proyecto.
Eres un gran amigo y un magnífico profesional.*

*Gracias también a Mariana Eguaras. Por tu gran
talento, tu tiempo y tu infinita profesionalidad.
Siempre es un placer trabajar contigo.*

*Gracias a mis lectores. Por vuestro tiempo, por vuestro
cariño y por regalarme un pedacito de vuestras vidas.*

*Y, por último, a mí mismo.
Por demostrarme que, con esperanza, esfuerzo
y perseverancia los sueños se pueden cumplir.*

A todos vosotros, GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS.

PRÓLOGO

Nadie podría haberse imaginado aquel trágico final. Después de tanto luchar, después de tanto esfuerzo por salvar el alma de su protegido, Nathbel no vio otra salida que sacrificarse a toda una eternidad en los pozos del abismo.

A medida que se sucedieron los terribles acontecimientos, de algún modo, en su fuero interno, presentía que el destino la empujaba a la terrible situación de tener que tomar una decisión, lo quisiera o no. ¿Ofrecería su existencia a cambio de salvar a Nathan y a sus amigos? O, por el contrario, ¿se arriesgaría a encontrar una hipotética solución con la que vencer al cazador exponiendo a todos a su perdición? No lo dudó. Aceptó con valentía la decisión que le dictó su corazón.

En mitad de la noche, antes de partir con Amanda al averno, miró por última vez el rostro compungido de sus amigos y supo que hacía lo correcto. Se marchaba feliz sabiendo que Nathan estaba a salvo. Había conseguido traerlo de vuelta, aunque fuese pagando el alto precio de jamás volver a verlo. Satisfecha, aceptó que así debía ser: la vida del perseguido primaba por encima de la suya y de cualquier otra. Pero su corazón humano lloraba desconsolado a pesar de entenderlo y de saber que tenía que hacerlo. Hacerlo por Nathan, el hombre de su vida. El hombre de radiante sonrisa que le enamoraba el alma. El hombre con el que compartió caricias, locuras y carcajadas por la casa, momentos maravillosos y besos de madrugada. Y hacerlo también por sus amigos, a

los que consideraba como su familia. Sí, Nathbel aprendió a amar como ángel terrenal y como humana.

En el silencio de la noche el bosque volvió a respirar sosiego y tranquilidad. Nathbel se marchó en paz, pero quebrando por la mitad la vida de todos los que la querían de verdad.

Sí... Nadie podría haberse imaginado aquel trágico final.

I

Eveline y Rod regresaron desolados al cobertizo. Allí se reunieron con el resto, que comenzaban a recuperar el conocimiento. Ninguno recordaba lo sucedido, excepto el agente Collins, que tuvo que explicarle varias veces a Coleman su versión de lo ocurrido.

—Y no todo acaba aquí. Deberían de echar un vistazo ahí dentro —dijo Rod haciendo un ademán con el dedo.

Cuando los federales entraron en el almacén, descubrieron todas las cajas y barriles de *whisky* de contrabando. Gracias a las averiguaciones y conclusiones de Rod, los agentes detuvieron al señor Hans y a su hijo Kirk a la espera de nuevas investigaciones.

—Le agradezco su labor en este asunto tan turbio, señor Roderick. Tal vez esté equivocado con usted —dijo el jefe federal desde el todoterreno.

—Reconozco que ha sido interesante, pero no se acostumbre, Coleman. Esto ha sido una excepción.

—Espero que siga así y no se meta en líos. Recuerde que estaré vigilándolos... En especial, a su amigo Nathan.

—Sí, lo tendré en cuenta.

—Cúidese. Arranque, Collins.

Antes de que despuntara el alba, Eveline y Rod entraron exhaustos en sus habitaciones. El silencio desolador del cuarto les resultaba una compañía demasiado pesada y difícil de soportar. En su mente, Rod repasó con gran

dolor todo lo vivido horas antes y fue consciente de lo mucho que echaría de menos a Nathbel. Tanto que, de forma inesperada, una lágrima mojó su almohada en el silencio del amanecer.

Hacia la hora de comer abandonaron el hostel con la satisfacción de haber cumplido con su propósito, aunque empañada con la profunda tristeza y desolación por la pérdida de Nathbel.

—¿Por qué hemos vuelto aquí, Rod?

—Va a ser solo un minuto. Ahora vengo.

Abrió la puerta de la librería y encontró a Sabanna quitando el polvo a los viejos libros de las estanterías. Al oír las campanillas de la entrada, se volvió rápido a ver quién era.

—¡Rod! ¡Gracias al cielo! ¡Estás vivo! —Una sonrisa radiante apareció en su cara—. ¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Cómo están tus amigas?! —preguntó mientras se bajaba con apremio de la escalera.

—Hola, Sabanna. Estamos todos bien... —dijo acercándose hasta ella.

—¡Cuánto me alegro! ¡Siento muchísimo lo que pasó!

—Olvidalo, ya está todo arreglado.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Esta vez en nada. He venido a despedirme.

—¿A... a despedirte? ¿Regresas a tu hogar?

—Sí... Ya hice todo lo que tenía pendiente.

—Tu visita ha sido breve pero intensa. —Sonrió—. Te echaremos de menos. Vuelve pronto a vernos...

—Lo haré. Cuídate mucho.

—Tú también.

Un tierno e inesperado beso sonó en la mejilla de Rod a modo de despedida. Por desgracia para ellos, la magia del momento se vio truncada por el claxon insistente del todoterreno.

—En fin... Supongo que hay cosas que nunca cambiarán. —Rod negó con la cabeza.

—Supongo que no —dijo Sabanna con una sonrisa melancólica—. Vete, corre. Ya nos veremos...

Minutos después, Eveline y el antiguo perseguido abandonaron el pequeño pueblo de HighField rumbo a FoxTown, que tampoco tardaron mucho en dejar atrás. Por delante los esperaba un largo camino de regreso a su hogar.

Durante el trayecto conversaron sobre lo ocurrido e incluso se rieron con algún chascarrillo amargo de Rod. La pena los consumía por dentro, pero, de algún modo, necesitaban aliviar el pesar que albergaban en su corazón.

Bajo la luna de la madrugada, Rod aparcó delante de la casa de Rose Marie. Eveline abrió la puerta tras despedirse de él y encontró como bienvenida el frío saludo de la soledad. Se dirigió a la ventana y, a través de su cristal, observó cómo las luces del todoterreno se perdieron en un mar de oscuridad.

A la anciana le hicieron falta varios intentos para encender los polvorientos troncos de la chimenea. Con el crepitar de las primeras llamas, su mirada se perdió pensativa en ellas. No sabía de dónde sacaría las fuerzas para dar la noticia a Nathan, ni qué pasaría con él a partir de que lo hiciera. Con Nathbel atrapada en el averno, no existía ninguna manera de traerla de vuelta, y le preocupaba que cometiese una locura. Sí, temía por su vida.

Pero este miedo no era lo único que la atormentaba. También la afligía un profundo e intenso dolor en el alma. En cierto modo, se sentía culpable por la pérdida de Nathbel. Según ella, tuvo que impedir que negociase con Amanda, pero la actitud del ángel no se lo puso fácil. Llegó a ser intimidante, incluso para Rod. Ella estaba decidida a sacrificarse por los demás, y si alguien se interponía en su camino

para impedirselo, lo aniquilaría. Su naturaleza bondadosa y noble hizo que entregara su existencia al ente malvado que era Amanda. Para Eveline, el destino de aquel ser tan maravilloso fue cruel y despiadado. No entendía cómo la Divina Providencia fue capaz de permitirlo. Aunque tampoco ella estaba preparada para entender algo tan complejo y que se escapaba a toda razón humana.

Al final, tras mucho reflexionar, llegó a la conclusión de que tenía que pasar así. El destino no permitiría otra cosa que no tuviese escrita de antemano. Y allí, sentada en el sofá al calor de la lumbre, Eveline cerró los ojos y se durmió.

Rod entró en casa de su tío lo más sigiloso que pudo para no despertarlo. Apenas avanzó por el pasillo cuando se escuchó un gruñido al fondo del salón.

«¡Joder, es verdad! ¡El perro!», pensó alarmado.

Olvidó que dejó a Larky a cargo de su tío mientras Nathan estuviera en el hospital. Sin tiempo para reaccionar, de la oscuridad emergió la versión más salvaje de Larky, con los ojos inyectados en sangre y el pelo del lomo erizado. Su tamaño pareció crecer por momentos. Su mandíbula apretada mostraba el brillo letal de sus colmillos ante la mirada nerviosa de Rod.

—Vamos, colega... ¡Soy Rod! ¡El amigo de tu amo! —surró retrocediendo mientras el animal se acercaba dispuesto a atacarle—. Venga ya, no me jodas... ¡Menuda semana de mierda! ¡Mafiosos, federales, demonios...! ¡¿Y ahora tú?!

—¡¿Qué está pasando aquí?! —se escuchó a la vez que se encendía la luz del salón.

El anciano bajó tan deprisa como pudo por las escaleras alertado por los feroces gruñidos de Larky.

—¡Mike, soy yo! ¡Rod! ¡Detén a esa bestia! —gritó pegado a la puerta.

—¿Rod?! Tranquilo, muchacho, tranquilo... Es de la familia —dijo mientras se acercaba al perro que, ante las palabras de Mike, detuvo su ataque—. ¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas?!

—Es muy largo de contar ahora. ¡Aparta al chucho de mí! —suplicó todavía temblando.

—Buen chico, Larky. Ven, vamos a dejar que Rod vaya a su habitación a cambiarse de calzoncillos.

—Ya... Muy gracioso, Mike.

—Venga, sube de una vez.

A la mañana siguiente, cuando el amanecer teñía el cielo de vivos colores, Rod se levantó aturdido y desconcertado. Una catarata de recuerdos le asaltó la mente de inmediato, pero hubo uno que permaneció fijo sin poder apartarlo: la pérdida de Nathbel. Un profundo dolor terminó por devolverlo a la dura realidad, por si todavía alguna parte de él se atrevía a estar ausente en el reino de los sueños. Imágenes que le revolviéron las tripas y que al paladar tenían el sabor amargo y nauseabundo del fracaso. Y no toda la mierda que se podía llevar a la boca terminaba ahí, no. Todavía quedaba el mejor de los bocados: confesar a Nathan lo que había pasado. Sí, ese era el *mejor* de los tragos. No sabía cómo confesarle que la mujer de su vida se había ido para siempre. Temía por su reacción, porque si algo tenía claro era que Nathan no sabía gestionar sus emociones. Cometía auténticas locuras cuando se desesperaba.

Con pereza, giró sobre sí mismo y, alargando el brazo, miró la pantalla del teléfono móvil. Las seis de la mañana. Ningún mensaje. Ninguna llamada. Agobiado de estar en la cama despierto, se dio una tranquila y relajada ducha que le ayudase a empezar el día con buena cara. Modesto lujo que días anteriores le fue imposible disfrutar. A pesar de que el

agua tibia le sirvió para eliminar tensiones, el recuerdo de Nathbel seguía presente en su cabeza.

Nada más abrir la puerta de su habitación, a pocos metros, una figura oscura vigilaba atenta todos sus movimientos.

—¡Joder, Larky! —susurró dando un respingo—. Eres igual de coñazo que tu dueño... —dijo desconfiado al pasar junto a él.

Al entrar en la vieja cocina, en medio del silencio, un violento y repentino destello sacudió su pensamiento. Imágenes borrosas, frenéticas y sin sentido le castigaron la mente hasta el punto de hacerle perder el equilibrio. Pronto se escuchó el estallido de un vaso al chocar contra el suelo cuando Rod se apoyó con fuerza en la encimera para sujetarse y evitar golpearse la cabeza. Su respiración agitada y los ojos espantados revelaron su gran inquietud. No entendía qué le había ocurrido, pero estaba seguro de que algún significado tendría.

Pasado el susto, volvió a enderezarse con algo de esfuerzo y a sostenerse sobre sus fornidas piernas. El dolor de cabeza fue remitiendo drásticamente hasta desaparecer en cuestión de segundos. La agitó varias veces y se tocó la nuca para intentar relajarla. Era la primera vez que le ocurría y le inquietaba a qué se podría deber.

Una vez recuperado, salió de casa de Mike y se subió al todoterreno para ir en busca de Eveline. Supuso que desde la residencia de Rose Marie no tendría ningún medio para ir al hospital, por lo que se presentó allí sin avisar.

De un portazo cerró el vehículo y, quitándose las gafas de sol, llamó a la puerta con delicadeza. Al hacerlo, se percató de que se encontraba ligeramente abierta.

—¡¿Eveline?! ¡Soy Rod! ¿Estás ahí? —gritó expectante desde la entrada, pero no obtuvo respuesta.

Segundos después accedió despacio a la vivienda y el sonido de la madera crujiendo bajo sus pesadas botas le dio la bienvenida. Avanzó hasta el interior del salón y observó que en la chimenea todavía brillaban las brasas de lo que fue una hoguera la noche anterior. Intuyó la presencia de alguien dentro de la casa, pero no sabía decir de quién se trataba.

—Dónde coño se habrá metido... —susurró mientras se dirigía a la cocina.

Allí todo parecía normal, excepto por los trozos de una taza rota que, pacientes, esperaban a que alguien los recogiese del suelo. Se agachó alertado para inspeccionarla más de cerca. Estaba limpia. A la anciana no le había dado tiempo a usarla. Se irguió y, rápido, decidió salir a buscarla.

—¡Mierda, Eveline! —gritó nada más abrir la puerta de entrada.

—¡Zoquete! ¡Menudo susto me has dado! ¡¿De dónde narices sales?! —exclamó la médium asustada cuando se disponía a entrar en la casa.

—¡Vine a buscarte! Supuse que querías ir a primera hora al hospital.

—Así es, pero antes he de recoger esto un poco.

—Sí, porque hace falta. Parece que aquí viven universitarios, en vez de dos encantadoras ancianitas... —dijo Rod intentando provocar a Eveline.

—¡Ancianitas que podrían patearte el culo si se lo propusieran, zopenco! ¡Vamos! ¡No me hagas perder el tiempo! ¡Aparta de ahí! ¡Siempre estás en medio!

—Me encanta el olor a mala leche por la mañana... —Sonrió con malicia antes de seguirla.

Durante el viaje apenas cruzaron alguna palabra. Todavía les quedaba decidir quién de ellos sería el *agraciado* de comunicarle a Nathan la pérdida de Nathbel.

—Bueno... Ya hemos llegado —comentó el antiguo perseguido con la mirada perdida en el volante.

—Rod... No sé cómo se lo vamos a decir. No me veo con fuerzas... —se sinceró Eveline cabizbaja lanzando un profundo suspiro.

—No te preocupes... Déjame a mí.

—Temo por cómo se lo pueda tomar.

—Yo también. Lo veo capaz de cualquier cosa, pero no le queda otra. Tarde o temprano tendrá que asumirlo si quiere seguir viviendo.

—Ese es el problema. Que no lo asuma...

Se bajaron del coche y entraron con desgana al hospital. A medida que avanzaban por los pasillos, la desazón y la tristeza inundaron sus corazones. Ambos temían por la vida de Nathan, y con motivo.

—Hemos llegado... —Rod se detuvo frente a la puerta de la habitación.

—Hay que ser fuertes. Entremos.

Dentro encontraron a Rose Marie sentada en una silla cerca de Nathan. Ambos hablaban de manera distendida y relajada.

—¡¡Rod!! ¡¡Eveline!! —gritó él con gran alegría.

—¿Qué tal, mamonazo? Bienvenido al mundo de los vivos.

—¡Hermana! ¡Nathan! —La médium se acercó emocionada.

—¡Hola, Eveline! ¡Lo lograsteis! —Rose Marie se incorporó para abrazarlos.

—Sí...

—¿Os encontráis bien? Tenéis mala cara.

—Bueno... —comentó Madame Binot agachando la mirada.

—¿Ocurre algo?

—Rose Marie, acompáñame un segundo... —dijo Eveline apartándola a un lado de la habitación.

—Rod, ¿qué ocurre? —preguntó Nathan con el ceño fruncido.

—¿Cómo te encuentras, colega? —respondió este colocándose a su lado.

—Rod, te he hecho una pregunta. ¿A qué viene esa cara?

—Nathan... —Lo miró con gesto serio—. No sé cómo decírtelo. Joder... —Resopló mirando al techo.

—¡Rod, no me jodas! ¿Vas a declararte?

—¡¿Qué?! ¡¡No!! ¡¿Pero qué cojones dices, capullo?! ¡Cállate y escúchame!

—Soy todo oídos.

—Verás, Nathan... La cosa no ha salido tan bien como esperábamos. La situación se complicó mucho. Joder... —Rod tomó aire para poder seguir hablando. Por momentos, sus ojos se nublaron con lágrimas de dolor—. Lo hicimos lo mejor que pudimos. Pero el cazador nos acorraló y... Todo salió mal... Nathbel tuvo que negociar para salvarnos.

—Sí, eso ya lo sé.

—¡¿Cómo que lo sabes?!

—Claro. Ella me lo ha dicho.

—¡¿Ella te lo ha dicho?! Espera un segundo... O yo soy muy gilipollas o no me entero de nada. ¡¿A quién coño te refieres?!

—¿A quién va a ser, Rod? ¡A Nathbel!

—¡¿A Nathbel?! ¡Pero eso es imposible!

—¿Imposible? ¿Por qué lo...? ¡Ah, estupendo! ¡Ya me trae un poco de agua!

Rod se giró y sus ojos se abrieron incrédulos cuando la vieron entrar en la habitación. Sí, era ella, con una gran sonrisa iluminando su rostro.

—Pe... Pe... Pero ¿qué está ocurriendo aquí?! —Se volvió con cara desencajada hacia Nathan, que lo miraba con extrañeza—. ¿Eveline?? ¡Explicame esto, por favor...! —Rod retrocedió asustado hasta tirar al suelo las cajas de los medicamentos.

—¡¡Nathbel!! —gritó la médium corriendo hacia ella.

—¡¡Hola, Eveline!! —El ángel y la anciana se encontraron en un amistoso abrazo.

—¡¿Cómo es posible, ser de luz?! ¡¡Vimos que Amanda te llevaba con ella!!

—¡¡Eso, eso!! ¡¡Explicálo!! —exclamó Rod con temor a acercarse.

—Rod, cálmate. Soy yo. —Sonrió—. Veréis, todo tiene una buena explicación —dijo acercándose hasta Nathan. Un silencio expectante se hizo en la habitación—. Cuando negocié con Amanda por el alma de Nathan, le dije que rompería el Pacto de Cieloverno para que pudiese capturarme. Este pacto se hizo al principio de los tiempos entre ángeles y demonios. Con él, ningún ángel puede ser apresado en el averno y viceversa: ningún demonio puede ser apresado en el cielo. Amanda, al no ser un demonio natural, no asistió a aquel pacto. Y, por tanto, no conoce los términos del acuerdo. Un pacto sagrado no puede romperlo un simple ángel. No tiene potestad para ello.

—¡¡Bravo!! ¡¡Qué astuta, muchacha!!

—Sí, pero igualmente tuve que pagar un alto precio. Estar en el averno, aunque solo fuese por un momento, es algo terrible. Tanto dolor y tanto sufrimiento hacen que el tiempo transcurra mucho más lento. Un instante allí puede resultar una auténtica eternidad...

—¡¿Y después de liberarte qué pasó?! ¡¿Volviste de regreso?!

—Sí, así es. No sé cómo, pero de pronto aparecí en los baños del hospital.

—Increíble... —susurró Rod boquiabierto—. Entonces..., ¿de verdad eres tú?!

—Sí, claro. Mira, pellízcame si quieres.

—¡Ni se te ocurra, Rod! —dijo Nathan apartando el brazo de Nathbel.

Una risa generalizada se escuchó en la habitación.

—Amanda debió ponerse muy furiosa... —pensó Eveline en voz alta.

—Supongo que no se lo tomaría muy bien. —Nathbel rio de forma divertida.

—¡Qué jugada maestra, muchacha! ¡Te felicito!

—Gracias, Rose Marie. Por suerte, salió bien.

—Me alegro mucho de que estés de vuelta, Nathbel —dijo Rod con una gran sonrisa.

—Gracias. Ahora toca cuidar de este cabezota para que salga cuanto antes del hospital.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Aproximadamente una semana —dijo Rose Marie—. A mí me mandaron a casa hace unos días.

—Vaya... La verdad es que me noto muy débil.

—Por lo que escuché al doctor, todavía estarás un par de semanas más. Tienen que hacerte más pruebas antes de darte el alta —le informó la bibliotecaria.

—Mierda... Yo quería irme ya a casa con Nathbel.

—Tranquilo, Nathan. Primero debes recuperarte. Ya tendremos tiempo.

—Hija, ¿te importaría acompañarme a los baños? No me gustaría perderme por aquí.

—Claro, Eveline. Vamos.

Ambas salieron de la habitación y caminaron despacio por el pasillo.

—Perdóname, ser de luz, por haberte mentido —se sinceró la médium deteniéndose—. Lo del baño era una excusa para que Nathan no sospechara. Necesito hablar contigo.

—Te escucho...

Nathbel se percató enseguida del gesto de preocupación de la anciana.

—Nathan tiene que salir de aquí cuanto antes.

Al oír aquellas palabras, una expresión seria apareció en el rostro del ángel.

—Lo sé.

—Tú también has llegado a la misma conclusión, ¿verdad?

—Sí. El cazador conoce el rastro de Nathan. Eso explica que yo siga aquí.

—Exacto. Y no sabemos cuándo podría encontrarle. Aquí está demasiado expuesto. Cualquier médico o enfermera puede caer presa de la posesión del cazador —comentó la anciana mirando con desconfianza al personal del hospital.

—Eso también lo tengo en cuenta... —susurró Nathbel frotándose la frente.

—Lamento ser yo quien lo diga, pero es importante que lo tengamos presente.

—Tranquila, Eveline. Gracias. Mientras Nathan esté aquí no podemos dejarlo solo en ningún momento. Necesito que coloques el amuleto vigía en su cama sin que se dé cuenta. Por ahora no quiero que piense en el cazador. Debe centrarse solo en su recuperación.

—Así lo haré, descuida.

Las semanas pasaron lentas para Nathan. A su cuerpo debilitado le costaba reaccionar a los tratamientos de los médicos y apenas podía sostenerse en pie. Al menor intento por mantenerse erguido sus piernas se tambaleaban. Se

asustó cuando comprobó en su reflejo lo decrepito que seguía aún tras semanas de recuperación. Le resultó alarmante cómo pudo empeorar tanto en tan poco tiempo y lo mucho que su cuerpo se resintió al carecer de su alma. Por mucho que detestara estar en el hospital no podía hacer más, solo le quedaba aguantar y esperar.

—Bueno, Nathan, estarás contento. Por fin vuelves a casa.

—Sí, doctor. Por fin vuelvo a casa... —susurró mientras observaba el exterior desde la ventana de la habitación.

—Sé que te ha costado y que no lo has pasado bien. Ahora debes cuidarte mucho para seguir fortaleciéndote. Tu cuerpo ha sufrido demasiado. Todavía desconocemos las causas de tu extremo debilitamiento, así que seguiremos investigando. Cuando tengamos el informe completo, te lo mandaremos a casa.

—Gracias, doctor. Espero que encuentren pronto el motivo —dijo a pesar de saber que jamás encontrarían la verdadera causa.

Ayudado por una enfermera, Nathan se incorporó de la silla de ruedas y salió por la puerta del hospital. Allí lo esperaba el amor de su vida y todos sus amigos. De forma torpe, caminó hasta ellos recibido entre aplausos y vítores. Los ojos emocionados de Nathan los recorrió uno a uno: Nathbel, Rod, Eveline, Rose Marie, Mike, Larky... Todos ellos se habían reunido para festejar su salida del hospital. Le fue imposible no emocionarse al ver la muestra de cariño de todas aquellas personas que lo apreciaban y lo querían.

—¿Qué tal te encuentras?

—Ey, Rod. Bien... No estoy en mi mejor momento, pero saldré adelante —contestó Nathan mientras miraba cómo se terminaba de asar la carne en la barbacoa de su jardín.

—Ahora sería un buen momento para tomarme la revancha por el puñetazo que me diste en el camino. —Sonrió.

—Sabes que no te duraría ni medio asalto. —Nathan rio con debilidad—. Oye, Rod... —dijo contemplando a Nathbel, que mantenía una conversación divertida con Eveline.

—Dime, colega.

—Me gustaría darte las gracias por haber cuidado de ella en mi ausencia. Bueno, de ella y de todas. —Sonrió con ternura mientras las observaba reír.

—Olvidalo. No me las des.

—Gracias también por haberte jugado el pellejo por mí. Tras esa imagen de macarra de discoteca se esconde un gran tipo.

—Serás capullo... —Le golpeó levemente el brazo.

—Despacio, tío, que me desmontas —bromeó—. En serio, Rod, gracias.

—No hay de qué. Por todos nosotros —contestó a la vez que chocaban sus botellines.

—¡Ey, muchachos! —Mike se acercó sonriendo—. ¿Quedan más costillas?

—¡Por supuesto! ¿Cuántas quieres?

—Ponme un par más, Nathan. ¡La fiesta está muy animada! ¡Y las nenas son una preciosidad!

—Tío, por favor. ¡Compórtate! —suplicó Rod agachando la cabeza.

—¡Claro que sí, Mike! ¡Hay que disfrutar! ¡Nathbel, sube la música!

La fiesta fue un éxito. Aquel día disfrutaron unos de otros como nunca lo habían hecho.

—Ha sido un día estupendo... —susurró Nathbel mientras se acomodaba sobre el pecho de Nathan.

—Sí... —Suspiró con la mirada perdida en la penumbra del techo—. Por primera vez en mucho tiempo me he sentido pleno y feliz. Os contemplé a todos disfrutar, bailar, reír... Y vi a una pequeña familia. A mi pequeña familia.

—Eso que dices es muy bonito, Nathan.

—Supongo que sí. Pero es la verdad. Incluso sentí la necesidad de más...

—¿De más?

—Sí... —La miró fijamente.

—¿A qué te refieres?

—A formar nuestra propia familia.

—Nathan, ¿lo estás diciendo en serio? ¡¿Lo dices de verdad?! —preguntó emocionada.

—Nathbel, la vida es muy corta y quiero aprovecharla todo lo que pueda contigo. Todavía tengo recuerdos nítidos del averno que hacen replantearme muchas cosas que antes no hacía. Quiero disfrutar cada día de mi existencia a tu lado, formar una familia contigo y ver a nuestros hijos crecer. Quiero amaros hasta las últimas consecuencias. Tal vez suene demasiado precipitado, pero he aprendido que a veces no hay tiempo que perder.

—Nathan... —Nathbel se recostó para mirarlo a los ojos—. ¿Estás seguro? Sabes que yo en cualquier momento podría desaparecer.

—Lo sé. Pero ese miedo ya lo superé. Créeme, mi estancia en el infierno me ha cambiado mucho el sentido de la vida. Ha erradicado todos mis miedos, mis angustias, mis preocupaciones y mis desvelos. Ya no me angustio por la incertidumbre del mañana, porque ahora vivo en el presente. En un presente maravilloso, que eres tú.

Nathan la besó con pasión. La arropó entre sus brazos mientras sentía cómo la mujer de su vida se perdía en sus

caricias. Y en el silencio de la noche, la hizo suya. Ambos se amarían hasta que llegase la luz del nuevo día.

Una tierna caricia lo sacó de sus sueños. Al abrir los ojos, el techo de la habitación ya se iluminaba con el reflejo de los primeros rayos del sol. Al bajar la mirada se encontró con el rostro sonriente de Nathbel que lo observaba con dulzura.

Una vez saciada la necesidad de mimos, Nathan se levantó despacio para darse una ducha. En la cama lo esperaba ella, que aquella mañana decidió tomarse las cosas con calma. Mientras hacía tiempo y escuchaba el agua de fondo, sonrió al recordar con ternura cada beso, cada caricia y cada gesto de amor de la noche anterior. Al cambiarse de postura se fijó en unas marcas en el cabecero de la cama. Se incorporó para observarlas más de cerca y descubrió en la madera varias hendiduras a modo de dedos.

—¿Todavía sigues ahí? —preguntó Nathan al salir del baño.

—Sí, ya me levanto. ¿Qué tal te ha sentado la ducha?

—Muy bien, aunque todavía sigo muy débil. Me ha costado un poco abrir el grifo. Tanto tiempo sin usarse termina por calcificarse.

—Haberme avisado.

—No era necesario. ¿Desayunamos?

—Claro, vamos.

Esa mañana prepararon el desayuno regalándose miradas de complicidad, acompañadas de tiernas caricias y risas espontáneas que irradiaban su profunda felicidad.

—Por cierto, ¿qué tal has dormido? ¿Tuviste pesadillas? —preguntó Nathbel intrigada al terminar su café. Le extrañó que Nathan no le hubiese comentado nada.

—No, no. He dormido muy bien.

—Me encanta oír eso. He colocado el amuleto vigía donde siempre. No quiero que lo perdamos de vista.

—Bien hecho. —La besó en la frente al levantarse para recoger el desayuno—. Me gustaría pasarme por la oficina para informar a Jack y a los chicos de que ya estoy de vuelta. No he regresado desde que... —Su mirada se perdió en las ondas del agua del fregadero—. No recuerdo nada de lo ocurrido... —Se giró desconcertado—. Absolutamente nada...

—Tranquilo, es normal.

—Lo único de lo que me acuerdo es de entrar en la biblioteca con Rod y contigo... —comentó agitado.

—Calma, Nathan, calma. —Nathbel se acercó hasta él ante su inminente ataque de ansiedad—. Esto es así. Pasa siempre. No intentes buscar una explicación, porque no la tiene. Venga, ve a vestirte y acércate al trabajo. Te vendrá bien cambiar de aires.

Un rato más tarde, Nathan abrió la puerta de la oficina. Después de saludar a todos sus compañeros, se sentó en su puesto de trabajo. Su reflejo en el fondo negro del monitor se veía enfermo y demacrado.

—Nathan no debería venir a trabajar. Se lo ve muy cansado.

—Tranquilo, Owen. Solo quiero echar un vistazo al correo.

—Si Nathan necesita algo de Owen, Owen lo ayudará.

—Muchas gracias, amigo.

Nathan revisó con desgana la larga lista de *mails* que tenía en su buzón. Ninguno parecía importante, excepto uno que, a pesar de no tener título, le llamó la atención. «Tenemos que hablar con usted. Facilítame un número de contacto. Es urgente». La dirección de correo le resultó extraña, poco usual. Se imaginó de quién podría tratarse y lo eliminó.

Una tarde, el timbre de la entrada reclamó la presencia de Nathbel. Al abrir la puerta descubrió que era Rod con

gesto serio. Tras invitarlo a pasar, entró en la casa y se acercó hasta Nathan, que descansaba pensativo en el sofá.

—¡Siéntate, Rod! ¡¿Qué quieres tomar?! —preguntó Nathan levantándose con dificultad.

—Nada, muchas gracias. La visita va a ser rápida.

Al escuchar el tono de sus palabras se detuvo inquieto.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañado.

—Me marcho.

—¡¿Cómo que te marchas?! —dijo Nathbel acercándose a él con el ceño fruncido.

—Sí. Me voy del pueblo. Mi etapa aquí ha terminado.

—Pero... ¿A dónde piensas ir? —preguntó Nathan, que no salía de su asombro.

—Bueno... Tal vez me deje caer por HighField. —Rod guiñó un ojo a Nathbel.

—¡Ah! ¡Qué pillín...! —Sonrió con complicidad al entender el motivo de su decisión.

—¿¿HighField?? ¿¿Qué se te ha perdido allí?? No entiendo nada —dijo Nathan rascándose la cabeza.

—Déjalo, amor. Te lo contaré luego. —Nathbel sonrió de nuevo mientras apoyaba la mano en su brazo.

—Entonces..., esto es una despedida... —dijo él con tono apagado.

—Así es, amigo mío —contestó tendiéndole la mano.

—Joder... Serás capullo... —Nathan le dio un fuerte abrazo—. ¿Y qué haré sin ti si aparece el cazador?

—Llamarme. Vendré lo antes posible.

—Rod... —susurró Nathbel con otro abrazo—, cuídate mucho. Te echaremos de menos.

—Así lo espero. Y tú, mamonazo, cuida bien de ella y hazla feliz. Si no, terminaremos lo que empezamos en el camino —dijo Rod sonriendo—. Despedíos por mí de las hermanas, por favor. En especial de la bruja de Eveline.

—Claro. Cuenta con ello. Vamos, te acompañaremos afuera —respondió con una palmada en la espalda.

Salieron a la calle y vieron el todoterreno aparcado en la puerta. Tras los últimos abrazos, Rod se montó en el vehículo y se perdió calle adelante. Un brillo inesperado resbaló por el gesto serio de sus mejillas mientras se alejaba conduciendo bajo el calor del atardecer.